

presentado como un buen hombre, afectuoso y sociable, que prestaba á los prisioneros políticos todos los servicios que podía. Así es que le respondí que nada me podía ser tan agradable.

—¿Espera usted poder escaparse? ¡No mienta! —me dijo:—yo lo sé. Mi deber es que esa tentativa no se realice. Se atormentará usted inútilmente para llevarla á cabo; pero yo quiero dulcificar cuanto me sea posible la suerte de los prisioneros. Si usted tiene necesidad de alguna cosa me la pide por escrito, se la enviaré al director y se hará todo lo que la ley permita.

No había escuchado jamás á un funcionario hablar de esta suerte; su tono y sus maneras inspiraban confianza. Este viejo señor me pareció conocer el estado de espíritu de los hombres. Sabía sin duda por los periódicos que me había escapado dos veces y empleaba un medio diplomático para disuadirme de otra tentativa y manifestarme su vigilancia á mi alrededor.

Este procedimiento me agradó, y le respondí con franqueza que todo prisionero condenado á trabajos forzados en Siberia no tiene otro deseo que el de escapar, pero le prometí que no trataría de hacerlo. Esta afirmación pareció contentar al viejo y nos separamos con la convicción de que viviríamos todos en buena inteligencia.

## CAPÍTULO XIII

### El proceso "de los 14,"—Recuerdos de Wera Figner.—Numerosas prisiones.—Agente provocador

Quando le dije al viejo capitán que no tenía ningún proyecto de evasión, fui absolutamente sincero. Me sentía deprimido por las circunstancias que habían rodeado mi prisión. Luego las emociones de los últimos meses me robaban las fuerzas. Era evidente que no renunciaría á mis deseos de libertad si las circunstancias se mostraban favorables, pero este deseo se había refugiado en lo más profundo del alma y me sentía incapaz de realizarlo por el momento.

Los primeros tiempos se pasaron en la paz y la tranquilidad; leía mucho y conversaba con mis camaradas. Lo que me contaron era en gran parte nuevo para mí y muy interesante. No sabía casi nada de los acontecimientos que habían motivado su proceso; en éste estuvieron complicados varios oficiales, y dos de ellos, el subteniente de navío barón von Stromberg y el subteniente Rogatscheff, fueron condenados á muerte y ejecutados. Pero lo más precioso é interesante para mí era el valor de la heroína del proceso, la célebre Wera Figner. Su nombre había estado en todos los labios, y ella fué durante largo tiempo la per-

sonalidad más popular en los círculos revolucionarios. La juventud la veneraba igual que á una divinidad, y en efecto, su talento de organización, sus dones admirables para crear, su indomable energía, su entusiasmo sin límites, bastaban para hacer comprender el papel que jugó en el proceso. El valor, la entereza y el entusiasmo de esta mujer admirable, impusieron respeto hasta á los mismos del tribunal.

Había conocido á Wera Figner en 1877 en Petersburgo, en el preciso momento que formaba su proyecto de sacrificarse por el pueblo. Era entonces una joven de veinte á veintitrés años, elegante y muy hermosa; no se la podía comparar con ninguna otra mujer, ni aun con las más notables del partido socialista ruso.

Como otro gran número de personas, se había entregado de todo corazón á la causa del pueblo ruso, en especial de los aldeanos, y estaba pronta á todos los sacrificios.

Durante el verano de 1879, me encontré en diferentes ocasiones á su lado. Mientras que dos años antes me había hecho el efecto de una joven propagandista que se inclinaba voluntaria delante de la opinión de los camaradas, ahora veía en ella una voluntad y un juicio verdaderamente personales.

Como ya he contado, numerosas divergencias relativas al programa estallaron en nuestras filas. Creían unos que el partido revolucionario debía concentrar toda su fuerza en la acción terrorista, y necesitaba, por consecuencia, multiplicar los atentados contra el zar y contra los diferentes representantes de la fuerza, para cambiar así las condiciones políticas de Rusia y acabar con el despotismo. Otros, al contrario, pensaban en continuar

la propaganda revolucionaria. El deber del partido era ejercer una influencia sobre el pueblo, extenderse por las aldeas y llevar la luz á los aldeanos, según el plan trazado por la asociación «Zemlja i Volja», *Tierra y Libertad*. Wera Figner apoyaba con todas sus fuerzas á los partidarios del terrorismo. Muchas veces, durante el tiempo que pasamos en Lesnoïe, ciudad de los alrededores de Petersburgo, donde todos los camaradas veraneábamos, discutí con ella sobre la propaganda que había de hacerse entre los aldeanos y los medios de obtener mejores resultados. Poco tiempo antes había venido de las orillas del Volga, donde había recorrido las aldeas. Las impresiones recibidas la desanimaron profundamente. Me pintó en términos elocuentes la miseria infinita, la espantosa ignorancia de los trabajadores del campo. Su conclusión era que en las circunstancias actuales no había ningún medio de venir en ayuda del pueblo.

—Mostradme un medio, uno solo, de ser útil al pueblo en las condiciones actuales, y yo estoy pronta á volver al campo—nos decía ella una vez.

Y en el tono con que pronunciaba estas palabras había la convicción de una iluminada.

Nosotros no estábamos para precisar ó fijar tal ó cual método determinado que pudiera detenerla en el camino que iba á emprender, porque no concebía más medio que la violencia para servir la causa del pueblo.

Hacia fin de otoño del mismo año yo fuí á Odesa y encontré á Wera Figner de acuerdo con Kibaltchitch, Frolenko, Kolotkevitch y Zlatopolsky preparando el atentado que debía tener lugar contra Alejandro II á su regreso de Livadia á Pe-

tersburgo. Se había depositado en su casa la dinamita. En esta época había sacrificado toda independencia y se dedicaba con un celo ardiente á la acción terrorista. Pertenecía por su nacimiento á la aristocracia rusa; su abuelo se había hecho un nombre en las guerras contra Napoleón I durante la invasión en Rusia. Las cualidades predominantes de Wera Figner eran la fuerza de voluntad y la energía, que no hallaba obstáculos; no se contentaba con una tarea única, por ruda que fuese; su actividad se desplegaba en todas direcciones. En tanto que premeditaba el atentado, organizaba círculos revolucionarios para la juventud, hacía de agitadora en otras sociedades, y nos dió á imprimir en Odesa un periódico clandestino destinado al Sur de Rusia. Ni sus mejores amigos podían darse cuenta de la variedad infinita de sus facultades y la extremada actividad de su carácter.

Por primera vez, en 1882, cuando la mayoría de los afiliados á la «Narodnaja Volja» estaban ya presos y los que pudieron escapar á los esbirros buscaban refugio en el extranjero, Wera Figner desplegó toda su fuerza. Rehusó enérgicamente dejar la Rusia para escapar á las persecuciones que la amenazaban por todos lados. En 1883 cayó en manos de la policía, víctima de la traición de Degaieff. Fué condenada á muerte, y después, *por gracia*, le conmutaron la pena por la de trabajos forzados á perpetuidad; desde esta época fué enterrada viva en la fortaleza de Schlüsselburg.

No conocía sólo el proceso de Spandoni y de Tschuikoff por los relatos que me hicieron, sino también por el acta de acusación, de la cual tenían una copia; lo que más caracterizaba este docu-

mento era la ausencia total de las razones que pudieran motivar tan severa condena.

Véase todo lo que el procurador había encontrado que reprochar á mis compañeros de cautividad:

«Anastasio Spandoni está complicado en el negocio de la imprenta secreta descubierta en Odesa, casa de los esposos Degaieff.» Así comenzaba el acta de acusación; se reconocía en seguida que Spandoni había rehusado hacer la menor revelación, y luego continuaba: «Su participación en la sociedad secreta «Narodnaja Volja» resulta de las denuncias de la mujer de Degaieff, en cuya casa Spandoni ha estado dos veces de visita.»

Dos visitas á una imprenta secreta se castigaban con quince años de trabajos forzados.

El crimen de mi segundo compañero era semejante. «Cuando Wera Figner fué detenida en Odesa—decía el acta de acusación—las autoridades locales prendieron, entre otras personas, á Wladimir Tschuikoff por estar en relaciones con ella. En el curso de un registro operado en su domicilio, se ha descubierto: 1.º, material de imprimir; 2.º, una plancha para falsificar pasaportes; 3.º, cianuro de potasa y de morfina; 4.º, numerosos escritos contra el gobierno, unos impresos y otros manuscritos; 5.º, una lista de nombres de numerosos criminales de Estado; 6.º lista de suscripciones para la sociedad secreta «Narodnaja Volja». Tschuikoff ha declarado que se adhería á los principios de esta sociedad.»

Y fué condenado á veinte años de trabajos forzados: 1.º, por ser amigo de Wera Figner; 2.º, por los objetos que habían encontrado en su casa; 3.º, por participar de las ideas de la «Narodnaja Volja».

Las acusaciones relativas al resto de los acusados no tenían más fundamento. ¡Por estos pretendidos crímenes se dictaron numerosas condenas de muerte, de las cuales dos se habían cumplido!

Durante algún tiempo no fuimos más que tres prisioneros en la torre de Pugatchef, pero se nos anunciaron nuevos compañeros de miseria.

Dos semanas después debían llegar de Kiew los condenados por el proceso de Schebalina, del que ya he hablado; cuatro estaban condenados á trabajos forzados, entre ellos dos mujeres. Nosotros los esperábamos con vivo interés, pero cuando llegó el convoy, sólo fueron encerrados en nuestra torre dos condenados á destierro, Makhar Wassilieff y Peter Dashkievitch; en el departamento de las mujeres ingresaron madame Schebalina y una jovencita, Bárbara Tschulepnikova, condenadas también á destierro.

Los cuatro sentenciados á trabajos forzados habían sido expedidos á Schlüsselburg, á causa de una revuelta contra la administración de las prisiones, motivada por los hechos siguientes:

He contado ya la penosa impresión que causa á los condenados la obligación de dejarse afeitar la cabeza y remachar sus cadenas. Hasta entonces era costumbre que los prisioneros políticos y criminales no fueran sometidos á esta bárbara formalidad hasta su llegada á Siberia á la ciudad de Tiumen. Este año la autoridad quiso afeitar y encadenar en Moscou mismo á los condenados por el proceso de Schebalina; ellos resolvieron protestar contra esta medida, y todos los prisioneros políticos que se encontraban en Kiew se asociaron á esta protesta. La autoridad se vió obligada á emplear la fuerza para imponer su voluntad.

Los prisioneros rompieron las ventanas y los lechos, y esto fué objeto de una comunicación á Petersburgo, de donde vino la orden de transportar á los cuatro forzados á la terrible fortaleza.

Se sabe lo que significa esta decisión: es la condena á largos años de martirio, un entierro en vida. La mayoría de los infortunados víctimas que se envían, mueren al cabo de algunos años, otros se vuelven locos y algunos tratan de estrangular á los empleados de la fortaleza, con la esperanza de obtener una ejecución próxima. Se puede imaginar el dolor profundo que sentiríamos sabiendo la triste suerte que les estaba reservada á nuestros camaradas en Kiew. Entre ellos se encontraban dos hombres á los que no se les podía reprochar el menor delito, tanto que, á pesar de su mala voluntad, el Consejo de guerra no había podido condenar á Karauloff más que á cuatro años de trabajos forzados. Contando con esto, se había casado y tenía intención de hacerse acompañar por su esposa á Siberia, como está autorizado por la ley. Su entrada en la fortaleza significaba la eterna separación de los dos esposos; no le estaba permitido ni escribirle una sola vez á su mujer.

Lo mismo sucedía á Schebalina: la suerte se ensañaba con ellos. Apenas el marido había sido llevado á la fortaleza, su hijo, un pequeñuelo de pecho que tenía la madre en la prisión, murió repentinamente, y la pobre mujer, sin fuerza contra tanta desventura, cayó enferma y falleció á principios de la primavera en la prisión de Moscou.

\*  
\* \*

Bien pronto llegaron nuevos presos políticos:

la prisión estaba llena; el proceso Lopatin no había contribuido poco.

Hermann Lopatin es una de las figuras más conocidas en el movimiento revolucionario ruso. En 1884 había vuelto del extranjero, donde se refugió, y había trabajado en la reorganización de la «Narodnaja Volja», porque todos los miembros activos del partido estaban presos á causa de la traición de Degaieff. Lopatin tuvo que recomenzar desde el principio para poner de nuevo en planta al partido terrorista. Viajó á través de toda la Rusia, haciéndose con relaciones, y como no las podía guardar en la memoria, escribió sobre una hoja de papel los nombres de las personas con quienes estaba en inteligencia. Llevaba siempre esta hoja sobre él y contaba estar alerta para tener tiempo de destruirla. Por desgracia, esta esperanza fué vana; un día los agentes de policía secreta cayeron sobre él en la calle y fué amarrado antes de tener tiempo de destruir el malaventurado papel, que tenía ya en la boca.

Todas las personas citadas fueron perseguidas; los arrestos tuvieron lugar en todos los rincones de Rusia.

Las personas que por la imprudencia involuntaria de Lopatin habían sido encerradas en la cárcel central de Moscou, eran casi todas jóvenes, y su crimen consistía en figurar en la lista fatal.

Me emocionó particularmente la vista de un joven estudiante de la Universidad de Moscou, Rubinok, muchacho simpático y cuyo desenvolvimiento intelectual era superior á lo que podía esperarse en un hombre tan joven. Lo condenaron á tres años de deportación en la Siberia oriental. Se le llevó á una de las regiones más siniestras, al país de los yakoutes, cerca ya del

círculo polar. Un día fué sorprendido por esos semisalvajes y casi le dejaron por muerto. No tardó en volverse loco á causa de sus heridas.

Se hablaba mucho en las prisiones y en todo Moscou de la suerte de un joven estudiante, Peter Razoumowski, que había sido arrestado por una bagatela y conducido á la prisión de policía; allí se encontraba igualmente el oficial de la guardia, Belino Bshezovsky, que estaba en la prevención por cierto delito de derecho común. Este representante de la juventud dorada se entendió con la gendarmaría para abusar de la inexperiencia del joven, y decidieron inventar un atentado. Este canalla de oficial hizo creer al joven que pertenecía á su mismo partido revolucionario y le insinuó la idea de matar al procurador de la Audiencia de Moscou, que fué más tarde el ministro de Justicia Mourawieff. El inocente muchacho cayó en el lazo y el agente provocador le procuró un revólver cargado. Pero un día que el joven iba al gabinete del procurador para ser interrogado por él, lo detuvieron bruscamente los gendarmes, advertidos por Bshezovsky; le registraron y se le encontró el arma. Fué acusado de tentativa de matar al procurador. En su azaramiento, él intentó suicidarse, pero se lo impidieron.

El papel provocador representado por la gendarmería había sido tan visible, que gracias á las gestiones del padre del acusado, la víctima escapó de sus verdugos. Se dió orden desde Petersburgo de enterrar el asunto.

La opinión general era que el procurador Mourawieff estaba de acuerdo con los agentes provocadores, esperando así asegurar las distinciones que deseaba.

## CAPÍTULO XIV

**Venalidad del inspector.—Las cadenas rotas.—Más cabezas afeitadas**

En la prisión de Moscou estábamos en comunicación constante los unos con los otros, y hasta sabíamos lo que pasaba fuera de sus muros.

Nos servía para esto la venalidad de un inspector.

Este individuo, de edad de veinticinco años, se llamaba Smirnoff y pertenecía por su nacimiento á la pequeña nobleza pobre. No sabía nada ni tenía vocación ninguna; su hermana era la querida de un alto dignatario, y gracias á su protección había obtenido el puesto de inspector de la cárcel.

Cargado de deudas, acosado por sus acreedores, estaba dispuesto á todos los compromisos; no hubiera retrocedido ni delante de un crimen por procurarse dinero. Como sabía apenas leer y escribir, las gentes instruidas le imponían respeto; estaba orgulloso de tener relaciones con nosotros, que además le pagábamos en especies *sonantes* los menores servicios que nos hacía. Me tenía particular afecto y continuamente iba á mi celda á bromear de todas las cosas. Un día me propuso ayudar á que me fugara. Yo dudé y medité; pero no descubrí plan de evasión posible.

—Escúcheme usted—me dijo.—Podemos arreglar bien las cosas. Yo le haré salir de la prisión disfrazado de *chauffeur* ó de lampista, y nos marcharemos juntos al extranjero.

El plan no podía ser más seductor, pero mil objeciones acudieron á mi pensamiento. Ante todo, el espíritu de solidaridad me impedía emprender la fuga mientras mis camaradas, que habían de cumplir penas mucho más graves, quedaban encerrados en sus calabozos; después se necesitaba mucho dinero, que no me podía proporcionar tan rápidamente, y por último, yo no me hubiera podido desembarazar ya nunca de este individuo. Estas consideraciones me movieron á rechazar su proposición. Mis camaradas, durante este tiempo, formaron también sus proyectos de evasión; habían resuelto practicar un agujero en el muro. Aunque guardarán gran secreto, Smirnoff se enteró de todo.

—¿Cree usted que yo no sé que sus compañeros quieren fugarse?—me dijo un día.—Que se arreglen de manera que no me mezclen en el asunto, y yo prometo no descubrirlos.

Le aseguré que no tendría ningún compromiso y avisé á mis camaradas.

Ellos conocieron bien pronto que toda evasión era imposible por ese medio y renunciaron á su proyecto.

Smirnoff no los hubiera descubierto, porque estaba absolutamente en nuestras manos, pero yo le obligué á que me denunciara. Habíamos visto que los detenidos de derecho común se desembarazan en secreto de sus cadenas, no sólo durante la noche, sino también de día; el guardián lo sabía y no decía nada. Yo resolví seguir su ejemplo, pero no en secreto, en público.

—Smirnoff, tráigame usted un martillo y un clavo grueso—le dije un día.

—¿Qué va usted á hacer?

—Pronto lo verá.

Él obedeció.

Entonces, en presencia suya, hice saltar los remaches de mis hierros.

—¿Qué ha hecho usted? ¡Ah! ¡Estoy perdido ahora!

—No tema nada—le respondí;—vaya á buscar inmediatamente al director y dígame que me he desembarazado de mis cadenas.

—¡Pero yo no puedo denunciar á usted! Esto no estaría bien hecho.

—Ni una palabra más; haga usted lo que le he dicho.

Partió golpeándose la cabeza, y poco después me hizo llamar el director de la cárcel.

Arreglé mis cadenas con un alambre y acudí al llamamiento.

—¿Cómo es esto? ¿Ha roto usted las cadenas? —gritó el viejo señor fuera de sí.

Le respondí afirmativamente.

—¿De modo que quiere usted evadirse?—añadió oprimiéndose la frente con las manos, como aterrizado de este descubrimiento.

—Todo lo contrario—contesté.—En su lugar yo sería feliz de ver á un prisionero desembarazarse así, públicamente, de sus cadenas.

—¡Cómo! ¿Que usted sería dichoso en mi lugar —dijo con aire sorprendido,—cuando este acontecimiento puede llevarme ante un tribunal?

—Reflexione usted que si tuviera intención de evadirme no rompería mis cadenas en presencia del inspector; por el contrario, me esforzaría en escapar á toda sospecha. Lo que quiero única-

mente es aligerarme de esta carga pesada que me impide andar de día y dormir de noche.

—Pero yo no puedo consentirlo.

—No hay necesidad de su consentimiento. No tiene usted más que aparentar que no sabe nada y hacer creer que todo está en orden. Así lo hacen todos los funcionarios de un lado á otro de Rusia. Haga usted como ellos.

—Pero ¿y si se enteran los jefes?—dijo medio convencido.

—¡Los jefes! Si usted no lo dice, nadie sabrá nada. El gobernador de Moscou no va á venir á examinar las cadenas para ver si están sujetas por un simple alambre.

—Pero si un alto funcionario viene á visitar la prisión, ¿me promete usted ponerlas en su primitivo estado?—dijo él á la vez convencido y contento.

—¡Naturalmente! Vea usted que no se me conoce nada—le dije riendo y mostrándole mis cadenas sólidamente fijadas por los remaches.

Nos separamos buenos amigos. Así habíamos obtenido una autorización oficial para no llevar las cadenas; pero era mucho más difícil escapar de que nos afeitaran. Según el reglamento, la mitad de la cabeza debía afeitarse de nuevo todos los meses; como no había medio diplomático para sustraerse á esta servidumbre, resolvimos resistirnos. Una mañana, cuando el barbero vino á nuestra torre y el inspector nos ordenó dejarnos afeitar, nos negamos abiertamente. Poco después el capitán nos hizo conducir á su despacho para interrogarnos.

—¿Díganme ustedes qué es lo que pasa?—preguntó el buen viejo.

—Dígale usted al director que los prisioneros

no se quieren dejar afeitar la cabeza, y que declaran enérgicamente que sólo cederán á la violencia. Nosotros no tenemos nada contra usted ni contra el director, pero queremos protestar de una costumbre bárbara y ultrajante, y recurrimos á la rebelión, porque no tenemos otra manera de sustraernos. Ya sabe usted que la opinión pública y la libertad de la prensa no sirven para nada; no nos queda otro camino.

No supimos jamás si transmitió nuestra protesta á los superiores; pero durante el tiempo de nuestra estancia en la prisión no nos volvieron á molestar.

\*  
\* \*

El reglamento previene que los prisioneros de diferentes categorías deben ser tratados de una manera distinta. Los condenados por la vía administrativa son más favorecidos desde este punto de vista que los condenados judiciales, los cuales á su vez gozan de más privilegios que los de trabajos forzados. Pero al cabo de dos ó tres meses maniobramos de tal suerte que todos los matices se habían casi totalmente borrado. Teníamos que llevar el traje de la prisión, mientras que los otros conservaban sus vestidos ordinarios, y nos estaba prohibido ir á ver á *nuestras mujeres* á la torre donde estaban encerradas.

Este género de comunicación está autorizado cuando los prisioneros, hombres y mujeres, son parientes, esposos ó novios. Los jóvenes de ambos sexos se entendían y enviaban con frecuencia al gobernador de Moscou una súplica para autorizar á que hablasen entre sí á los que eran novios; la mayor parte de las veces esto no tenía otro objeto que romper la monotonía de la vida de las

prisiones; la administración lo sabía bien; pero estos noviazgos imaginarios tenían por objeto aproximar los jóvenes de diez y ocho á veinte años, y no faltaba un cierto encanto poético. Se veían en el despacho de la prisión, vasta pieza incómoda alumbrada por ventanas enrejadas, y bajo la vigilancia de los guardianes. La vida de la prisión había grabado en los rostros una expresión á la vez espiritual y novelesca. Diferentes circunstancias hacían que muchas veces una simpatía verdadera se despertase en algunas parejas. No siempre eran relaciones puramente platónicas, pues en ocasiones se iba hasta el matrimonio. En este caso la joven pareja tenía la simpatía de los camaradas, con sus ligeras pintas de envidia; el matrimonio, en la iglesia de la prisión, era un gran acontecimiento muy agradable para romper la uniformidad de la vida diaria. Los prisioneros podían también, de tiempo en tiempo, recibir visitas; pero como generalmente la autorización no se concedía más que á los parientes, los amigos y los conocidos se hacían pasar por novios de las prisioneras, con frecuencia lo eran realmente, y esto daba lugar á escenas trágicómicas, que acababan siempre por soluciones agradables.

Las visitas se recibían en el mismo despacho donde nos condujeron á nuestra llegada. Esta habitación tenía un aspecto particular: el viejo capitán se sentaba en su sitio de costumbre, sin preocuparse más que de sus libros y sus cuentas; en la puerta un oficial de uniforme con revólver y cartuchera á la cintura y el sable al lado. Cerca de los muros se alineaban los grupos de prisioneros y de visitantes; la luz que dejaban filtrar las ventanas enrejadas daba á los rostros una aparien-

cia extraña. Los visitantes pertenecían á todas las clases de la sociedad.

Había allí mujeres jóvenes y ancianas; hombres viejos y niños. Un médico y un abogado, en compañía de su mujer y su hija, venían á conversar con un estudiante condenado á destierro. Más lejos una vieja aldeana que había hecho un interminable viaje desde su provincia, á orillas del Volga, para dar el último adiós á su hijo querido, al cual contaba cuanto sucedía de nuevo en la aldea y cuán dolorosamente le afectaba su arresto. Al otro lado estaba el representante de una raza aristocrática, el príncipe Wolkonski, y su esposa, que conversaba con su tío Maljevani. A un extremo, Tschulepnikoff sermoneaba á su hija por haberse dejado envolver en el movimiento revolucionario, lo que le valía la deportación á Siberia.

Ruido de voces llenaba la sala: se hablaba alto, se lloraba ó se reía. Muchos enjugaban furtivamente las lágrimas; otros lloraban de ver á las personas que les eran queridas, pálidas y flacas.

Como en el resto del mundo, había allí risas y lágrimas, el dolor y la alegría; en esta prisión para revolucionarios no había privilegios: todas las distinciones cesaban ante los mismos sufrimientos y las mismas penas.

Un día, sin embargo, esta regla de igualdad fué rota en favor de un visitante, cuya presencia atrajo la atención general. Un anciano en traje de gran ruso, con un largo gabán dividido por una gran cintura, acababa de entrar.

—¿Qué desea usted?—dijo el capitán sin levantar la cabeza de sus libros.

—Quisiera ver á un hombre que está aquí; se llama Lazareff—respondió el extranjero.

—¿Tiene usted autorización?

—¡Naturalmentel Hela aquí—dijo el hombre del gabán, y presentó un papel.

El capitán se aseguró los anteojos sobre la nariz y se puso á leer: pero de pronto dió un salto como si hubiera recibido un golpe en la cabeza, y con mil corvetas, como descompuesto por la emoción, gritó:

—Señor conde, dígnese usted sentarse; mil perdones; yo no lo había conocido.

Después dijo al guardián:

—¡Eh! Ivanoff, corra en seguida á buscar á Lazareff. El señor conde quiere verlo.

Se puso en movimiento toda la prisión; se oía tocar las campanas, y corrían por todas partes gritando:

—¡Lazareff! ¿Dónde está Lazareff? El conde León Tolstoi ha venido á verlo.

Lazareff, aldeano de origen, pero hombre de una alta inteligencia y de una gran cultura, vivía cerca de la propiedad del conde Tolstoi: debía pasar el invierno en la prisión de Moscou para ser transportado de allí á Siberia, condenado á tres años por la vía administrativa.

Su solo crimen era haber protegido á los aldeanos contra el abuso de poder de los funcionarios.